

“LAS MANERAS DEL TIEMPO”

Tres notas sobre la pintura de Carmelo Trenado

La dimensión del asombro

Ante el aparente caos gestual de Carmelo Trenado, que forma ángulo agudo con los rincones en los que permanece y afirmase la vida con sus dudas, se me asoman al recuerdo los versos de Rafael Guillen, “yo, nada tengo mío, sólo, acaso, / el gesto de ir poniendo aquí, y aquí / la mano con ternura”. En efecto, no estamos, a mi entender, ante la destrucción o reconstrucción de unas arquitecturas, sino ante la objetivación lírica de múltiples realidades posibles o, si lo prefieren, ante la edificación con el acopio de sueños y recuerdos o sentimientos de unas estructuras poéticas que pretenden ser pura emoción comunicativa. Lo que nos hace y define, Trenado lo sabe, con una serie de instantes dilatados en el tiempo pero que quedan prietos y anclados más que en nuestro corazón, en las retinas. De aquí que la pasión advertible en estas superficies no este en el decir, en la expresión del pintor, que es de una emoción amorosa a la vez que intelectual y reflexiva, sino en el sentir, en la amalgama de sensaciones y evocaciones, en la conjugación irreal de los tiempos para que el ayer sea un hoy posible y las horas actuales estén bañadas por el vaho calido del recuerdo, en el maridaje de la memoria con la ilusión desbordada, en el contrapunto armónico de la realidad y el deseo, en las presencias y ausencias que al unísono nos hablan enardecidas con los ojos de mirar hacia dentro. Estos lienzos no son más que el tenso lugar en que pueden ubicarse, para que vibren, los latires recobrados y los que aun no fueron pronunciados; son el mullido aposento de la intimidad quizá no confesada y el espacio en que se confunde la sensualidad promiscua y sonora de todos los sentidos con el compás arrítmico del pensamiento. De aquí que se ha señalado con acierto por Gómez Segade de la existencia en estas obras “de una no visible revelación, como si múltiples ideas aflorasen a un tiempo, diluida cada una en otras, pero siendo ellas mismas”. En definitiva, en estas pinturas de melodía casi oriental y connotaciones arquitectónicas flota a la vez ahormado a la vez que individualizado lo que aun es posible, tintinea aquello que un día nos poseyó y nos hizo, a la par que se afianza el hoy como un momento detenido: más, sobre todo, hay una inconfesa biografía de artista: el pintor ofrece el misterio; a la vez, también, reclama su parte en la aventura. Pero, no lo olvidemos, todo misterio invita, más que a ser desvelado, a ser penetrado, a hacernos partícipes de sus interrogantes.

Obviamente, Carmelo Trenado ni describe ni ilustra, tampoco presenta ni propone definición alguna, si bien por una abstracción intelectual podemos reconocer e incluso fijar sus representaciones. Así, estas obras nos presentan en un diseño fragmentado sólo la mitad de lo que, tal vez, pueda ser visible – mejor- advertible; pero parece que su autor parece sublimar lo invisible, ofrece sus transparencias, los posos inmarcitrables de unos aromas, los ecos de las voces que otrora sonaran por estos muros – lo único cierto es que fueron habitados por alguien- para que el color crezca y nazca casi incorpóreo, sin lindes ni amojonamientos. Por ello, es más que probable y a fin de que resplandezca el misterio, el pintor desdibuja u omite los perfiles que pudieran hacernos servicio de apoyo visual y esconde la piel de las cosas, de las casas y los campos; por ello, las grandes manchas de color como palabras y las líneas como acentos; por ello, el dibujo lo efectúan los planos cromáticos tan repletos de luz a la vez que sutiles y alados, y no

la línea, que es la que produce como unas orquestadas cadencias de extraña y pagana espiritualidad. Estamos, insisto, no ante una estética objetual, sino ante un arte conceptual en que la figuración se resiste a estar sugerida, de aquí que el lenguaje de estas estructuras de pinceladas apasionadas y decididas sea puramente sensual, enracimado de gozos y deseos. No son las impresiones, sino toda la gama posible de sensaciones – a veces lujuriosas, a veces dotadas con el don de la ebriedad, a veces con la majestuosidad del ciprés o el ensueño desmelenado de jazmines y albahacas- lo que nos empuja la vista para adentrarnos, así, a la búsqueda de la idea, del concepto incuestionablemente lírico.

No estamos, por tanto, ante un mero y simple juego artificioso de imágenes más o menos lúdicas, sino ante auténticas y jugosas metáforas plásticas de ricura cromática y feraz; ellas serán las que interpreten el espacio exterior y le despojen de su forma real para ser en si mismas el propio significado. Así, desde ellas, es donde, tal vez, podamos encontrar las sugerencias, el lugar en el que, insisto, pueden, si es que ello es al fin posible, razonar los sentidos. Digámoslo de una vez, en las pinturas de Carmelo no es posible sin cercenarlas una traducción que nos regrese a espacios reales de significado escueto y simple porque en ellas, metáforas purísimas en acumulación de palpitos, está figurado, configurado, ese espacio impresionante y hermoso, misteriosamente indefinible, que se encuentra a mitad de camino entre el ojo, el corazón y la mano.

Parece ser, por último, que Carmelo conoce, como dice de nuevo el verso de Rafael Guillen, que la ciudad esta hecha “de mínimos espacios enlazados / con cuerdas de guitarra / de parcelas de sombra, sostenidas / por el rumor de un agua subterránea. / Aquí la inmensidad no deja sitio / para la voz. El hombre sólo es hombre / por la mirada. Aprende / que vivir es andar, y que el paisaje / estaba allí, y sigue / y seguirá, inmutable, por si mismo, / ajeno a su presencia “. Trenado, sobre los muros de la ciudad, que quizá esquivaba no le recuerde, pinta los días y sus pasos.

Los límites del gesto

En esas pinturas, paradójicamente, herederas de la exploración del abstractismo expresionista y de una iconografía abierta, el color, que libera los espacios plásticos, se nos viene con una frescura casi táctil y sea cual fuere su gama predominante, con los tonos redoblados de la alegría. Parece como si esas sensaciones parcialmente recogidas y acumuladas, sobrepuestas, fuesen ramalazos armónicos y complementarios de energía detenida. Una vez más, la elegancia cromática es la base en la que se acunas los sueños y el conocimiento; la línea, por el contrario, casi siempre oblicua, semeja a un niño que se alzase de puntillas para recoger en su mirada el misterio que pueda albergarse detrás de la ventana y, en seguida huyese aireando una corneta de risas.

Quiero decir que en la pintura de Trenado hay como una música silente que nos llama con los nudillos y nos inquieta y nos estremece y nos invita a abrirle la puerta para poseerla; quiero decir que por esas pinturas del tamaño justo del asombro, se desliza como un murmullo de lunas y caracolas, como un rumor de amores ya dichos, un movimiento en el que se percibe la vida. En definitiva, estas estructuras de señorial prestancia, esta paisajística que se asoma con los ojos abiertos por los cuadros, es la propia e irrenunciable de una geografía habitada.. Frente a lo que en un somero análisis pudiera parecer, los grandes planos cromáticos no están vacíos, quien se adentre en ellos percibirá las huellas de un humanismo poético trascendido, sublimado y a la vez

de justo equilibrio; por ello el pintor desprecia y prescinde de la anécdota que, de seguro, aportarían las figuras.

Aquí algo fundamental que hasta ahora no he dicho; las obras de Carmelo Trenado están ejecutadas a escala humana; por ello, su misterio y apasionado sentir; por ello, sus afirmaciones y dudas; por ello el zumo poético, laberíntico y metafórico, de una constante indagación y búsqueda; por ello, sobre todo, los advertibles límites del gesto, el borbotón de vida que deja en reposo, amorosamente, la pintura. Carmelo Trenado con estos cuadros manifiesta suficientemente que supo mirar, que ha vivido.

Palabras en el muro

Entre lo hasta ahora anotado, hay algo que en mi opinión, y aún a riesgo de reincidir machaconamente en lo dicho, es acreedor de, al menos, un mínimo análisis.

Con anterioridad quedó expuesto que la pintura de Carmelo se encarna en una estética conceptual a la vez que sensual y en la que, si eso se acepta como probable, razonan los sentidos. Igualmente, he subrayado su manifiesta y enojada sensibilidad, como contagiada por una melodía de otras civilizaciones; también han sido puestas de relieve las grandes dosis de intimismo que contiene y, sobre todo, el gesto, como el de un adolescente que graba en la pared – no una palabra magina, no el deseo – la emoción de un nombre al que quiere entregarse y, a la vez, hacerlo suyo. No creo que entre estas afirmaciones exista contradicción alguna.

Trenado adrede, construye arquitecturas sobre un tiempo vacío, ya que, como Heidegger, es consciente de que lo esencial en el arte es aquello que, retirándose, se desvela. De aquí que su pintura crezca por dentro de los ojos a la búsqueda de un sitio en el que acodarse con la memoria de lo vivido y, al fin, en las huellas del aire de ese viaje interior, atrapar la verdad, un vaho en el espejo; los posos intraducibles de la poesía. Ellos, desnudos, ofrecidos sobre estas telas, nos asombran, nos seducen, nos invitan a compartir el gozo que anuncia un nombre de amor trazado en el muro. Y Trenado, sobre un fondo de colores de tahona y vino, ha escrito con la firmeza de la pasión y el gesto cómplice de la prisa unas pocas, escasas, palabras; luna, arco, ciprés, cúpula... Sobre una edad sin cifras ha plasmado, desdibujado, unos nombres totales, al igual que pudo escribir amor, muerte, dolor, vida... Trenado, seducido por la hermosura de un paisaje con cuerpo de mujer en la memoria, donde dobla los límites, ha puesto su mano en el cristal, en una página de blancos invisibles, y ha deletreado con fugacidad y fogosidad amorosas su nombre, que vibra y tiembla y nos estremece como el canto de un pájaro huérfano en el nido. ¿No es ese instante sustancia pura de la edad? ¿No puede ser este el tamaño perdurable del muro?

Aquí, la ciudad, que finge la duración de lo que fue, se reclina sensual entre los trazos apasionados de un grito en el muro. Hagámosla nuestra, leamos su carne desnuda.

Manuel Urbano